

# MEMORIAS DE UN KOYOTL

Román Güemes Jiménez

Dibujos: Mongo

El Koyotl al que nos referiremos nació en Tecuana. El nombre de Raymundo le caería como anillo al dedo; pero podríamos llamarlo Próspero, Bertoldo, Aquileo o Wilfrido... Con suerte, respondería al nombre de Abel; nunca al de Caín, que quede claro.

Bueno, el nombre es lo que menos importa porque, en última instancia, podemos recurrir al apodo y que les parece si le plantamos el mote de *El hueycuechudo*, o bien el de *Hueychichi* o simplemente el de *Piali* "el poseedor, el propietario, etc." Este adjetivo, en la huasteca meridional o sierra de Chicontepec, se convirtió en una forma de saludo puesto que los indígenas, al ver venir a un mestizo, escondían y atemorizaban a los niños diciéndoles: *nepa uala se piali* "allá viene un poseedor, un rico, un apoderado". Arcaicamente a un mestizo se le designaba con el término *analieuani* "proveniente del otro lado del agua".

El sujeto aquí tratado responderá únicamente al llamo de *Koyotl* "coyote, señor", clara referencia a que es un mestizo con serios atributos, la mayoría de las veces perwersos.

El Koyotl fue quien me dictó estas aproximaciones a lo que podría considerarse como memorias, por titular de alguna manera el resultado de sus inquietudes. Bien, que hable el Koyotl:

Nací en las inmediaciones del Río Xalamaixpa, Tetzacual, Amoxoyahual y Zacatianguis, en un rancho al que yo ahora lo identifico como Tecuana. Soy nieto del antiguo hacendado de estos rumbos... Todavía oí decir a la gente: "Vamos a la hacienda" cuando se dirigían a Tecuana o a Tetzacual. No tuve la fortuna de conocer a mi abuelo, sin embargo he oído muchas cosas sobre su vida de labios de mi padre y de los vecinos del rancho. Murió de viejo, dicen que de ciento y fracción de años... Mi infancia transcurrió, como la de cualquier niño ranchero, entre vacas, caballos, fandangos, xantolçadas, carnavales, violencia, hombres empistolados, huapangos, sones, danzas, bodas, etc. Soy el hijo menor de una extensa familia de la



que siempre recibí mucho cariño y afecto, cuestiones que extraño cuando siento que la vida merma. Tuve por allados en el juego y en la escuela solamente a niños indígenas a quienes les declamos los *cuitolitos*; con ellos aprendí mucho de lo que ahora sé y puedo decir ahora que esa es mi mejor herencia y fortuna. Jugábamos con animalitos hechos de madera de un árbol conocido como *palo dulce* y con objetos de barro. A Santa Claus y a los Reyes Magos me los vine a encontrar ya muy extemporáneamente...

Mi bisabuela materna era partera, la mejor de todas, y trajo al mundo a media humanidad por estos antiguos rumbos de la ex-hacienda de Aguacatlan; la vi bailar huapango, sobre un cuartillo o almud, con una botella en la cabeza, a los 115 años de edad. Mi madre le aprendió el oficio a mi bisabuela, aunque ella siempre argumentó que



ya era un don de la familia; fuera como fuera, mi madre salió tan buena como mi bisabuela puesto que fue especialista en partos difíciles o *tochonudos* como solía decir ella. Mi casa siempre olió a alcohol, ya que mi padre tuvo por mucho tiempo un gran alambique y mis hermanas inyectaban a la gente y hervían las jeringas utilizando las espirituosas bebidas como combustible. Mi casa de guano daba siempre la impresión de ser una gran clínica u hospital: invariablemente la gente salía alegre y sonriente... Mi padre era músico, cantor, arriero que se echaba hasta un mes para llegar a los lejanos destinos; comerciante, excelente humorista y poeta.

En este ambiente de muchas lenguas y pocas dudas, fui creciendo hasta hacerme un muchacho de 14 años. Casi a los 15 salía de Tecuana, impulsado por mis padres, a buscar nuevos caminos. Llevaba conmigo grandes sueños y vivencias, temores y trabas; mucho material para el recuerdo y las añoranzas así como cien pesos. Mi contacto con los sabios y especialistas de Tecuana me prepararon para ir abriendo los ojos cada vez con más asombro.

Como ya lo señalé, en el rancho ví de todo: ritos y ceremonias, bodas y otros eventos importantes para la vida de mi comunidad, tales como los llamados *chikontis* que eran para niño o para niñas. Si era para niño, a éste le hacían un machetito, un tercio de leña pequeño y la hacían su lonche. La partera lo encaminaba hacia los terrenos de cultivo diciéndole: "por aquí te vas a la milpa m'hijito; no vayas a ser flojo. Mira, corta esta hierba que sí debes tumbar y no esta otra que es la de tu maicito; mata a este animal ponzoñoso y no a este otro que es el guajolote de tu mamá; monta este animalito que es tu caballo y no a este otro que es *el ojos tristes* que le ladra a la luna cuando anda arrecho; vete por aquí y no por este lado que por ahí

se llega al alambique del papá del Koyot!". Si se trataba de una niña, se hacía lo propio: un metate pequeño, su bate; de ceiba, etc.

Observé muchos velorios porque en Tecuana, a veces se mataban por nada ya fuera frente a frente o desde el montecito... Eso era lamentable porque, aunque ya no tuvieran cura por lo muerto que estaban, de todas maneras en mi casa de guano se hervían las hipodérmicas; hoy recuerdo que a una de sus jeringas mis hermanas la llamaban *la cahuasca*, nombre de una hormiga grande, parduzca, que vive en los árboles podridos y que pica como los mil demonios. Tuve la gran suerte de nunca ser picado por tal *cahuasca*. Pues bien, un velorio, en Tecuana, era un solo llanto. Los pulmones de Macrina eran tan potentes que, al llorar, se rompían los cántaros chilliqueros y se apagaban los fogones. En una noche de velorio, había que salir a exprimirle cinco chalinas negras y seis rebozos de los grandes porque sus lágrimas eran abundantes y sinceras. Nadie pudo igualar sus plañidos; podía superar la Chefa; pero ella era más resignada, según mi prima Toña. Después venía el golpeteo a las cajas de cedro...

Las bodas, ah, las bodas... Para mí la pechuga. Baile y ceremonia, consejos y discursos; fandango... 'que vengan los encargados de regar el patio, porque ya hay mucho polvo y las muchachas ya empiezan a estornudar', ordenaba el dueño del alambique desde el *kuatlapechtli* donde se encaramaban los músicos... Pero para mí la pechuga, pensaba yo mientras contemplaba el grandioso y secular árbol de tamarindo plantado a medio Amoxoyahual. En este rancho estudié las primeras letras, la maestra era mi hermana. Recuerdo con mucha alegría estos momentos vividos y no puedo contener la risa cuando pienso en mis compañeritos de escuela que me robaban bocoles nomás

de puros canijos. Con los chabacanes o *metakuapa*, que son una especie de tortilla rectangular y tostada, imitábamos a los señores que jugaban baraja... Muchas cosas... Todo debajo del gran tamarindo de Amoxoyahual mientras me miraba, con ojos tristes, mi caballo de Koyotl; de Koyotl, porque tenía freno; pero mi caballo era *nexpero*, de los mejores; cuando murió, apuntó con su cabeza rumbo a Nexpa. Dejó varios hijos este caballo porque siempre fue *rejonoso*, nunca *kaponoso*. Cuando estos morían apuntaban con su cabeza rumbo a Tecuana, siguiendo la tradición de su estirpe. Cuentan esto los compradores de caballos que venían de Jaltocan o Huichapa.

Yo tenía una tía, hermana de mi padre, que se dedicaba a curandear. Cuando iba a hacer alguna limpia me llevaba consigo para que me comiera el *tapatachti* que era un enorme tamal con dos pollos negros enteros dentro, colocados como un par de zapatos en su caja: uno contrariando al otro. Esta tía me apodaba *Kuateta*; pero mis compañeros transformaron el término y me decían *cuatezón*... Cuando mi tía emigró y abandonó Tecuana y las muchachas empezaron a escasear, me dije: 'Adiós, pollos negros y pechugas...' Se puede decir que resentí esa pérdida y comencé a enflecar; mi mamá me llevó con Chico Brujo y nada; después me purgó y tampoco obtuvo buenos resultados; después mejoré... Ya tenía yo como siete años. Mi mamá pensó que yo andaba enfermo por no estar bautizado y en la primera oportunidad me llevó a Zacatanguis, había venido el cura, para que me dieran sal en greña de mar para que la mascara. El señor cura me cristianizó en un santiamén. Al que nunca volví a ver, y hasta la fecha no conozco, es a mi padrino que ese mismo día se retó a balazos con otro valiente y salió de huida del rancho.

Aprendí a rezar con mi madre y con el alabancero Cliserio, indígena que —según la gente— tenía amoríos con mi tía la que salía a curandear. El alabancero también era el ximador del rancho: sacaba su silla bajita y le ponía a uno el babero; él se sentaba en una silla grande y así peluqueaba a uno. Era, a decir de él, el único peluquero del mundo que ejercía su oficio sentado. Soy el único, solía decir, porque he ido hasta Pantimala y todos peluquean de pie. Viví los carnavales. Mi mamá comenzaba desde mucho antes de la fiesta a hacer el horno de piedra y lodo donde se cocerían los sacahuiles y el chojol; los prefería hacer chicos, de 15 kgs cada uno. Solamente en estas fechas eran consumidos, en ninguna otra; hoy día ya los venden envueltos en papel aluminio en todas las terminales de autobuses de la huasteca veracruzana. Esto era bello, muy bello; pero la fiesta más esperada por mí era el *xantolo* o día de muertos. Ya desde San Lucas (18 de octubre) se comenzaba a ofrendar; ya se sentían los vientos frescos que, según la tradición, traían a las ánimas. Era tiempo de mucha yuca, tamales, tapatachtis, pan, chocolate y muchas cosas más... Me satisfacía mucho que mi madre me incensara de pies a cabeza. Todavía, por acá donde ando, tengo mucho copal listo para caer en cualquier brasa. Me gustaban muchos los *kolimej*, comparsa de danzantes en donde hay hombres vestidos de mujer; ellos tenían que ponerse las prendas de vestir de una mujer que ya fuera difunta... Me tocó bailar con los de Tecuana mientras mi padre hacía el *son* junto con Tino y Pedro Lucas. Bailábamos sones y huapangos con nuestros rostros cubiertos con máscaras de *pemuchi*... Ah, cómo me encantaban esos sones viejos, esos huapangos olorosos a manta vieja. Mi padre siempre fue un hombre alegre y de un humor muy bonito y, para que luciera más la danza,





prestaba a los bailarines las viejas ropas de mi abuelo y con ellas hacían más graciosa su presencia... Para el día de San Andrés, el día último de noviembre, se hacía la fiesta de *ixtlapos* "abrir nuestro delante" o *la destapada*. Para esta fiesta se arreglaba muy bien el patio de uno de los músicos, se ponían bancas de otate alrededor del escampado, se hacía el *kuatlapechtli* (plataforma muy alta de madera) para que se subieran los músicos y se oyera mejor el son y el huapango ya que no había micrófonos, sólo candiles de dos mechas y alguna que otra antigua lámpara Coleman; se adornaba la casa y se hacía, en el fondo del patio, una especie de enramada muy pequeña en donde se introducía el anciano indígena que tendría que efectuar el *ixtlapos* echándonos buches de aguardiente en la cara para estar limpios y sanos. El chiste de todo esto —además de la mística que te envolvía— era que te cayera el alcohol en los ojos; era una chilladera tremenda. Al rato se bailaba sin máscara y comenzaba el fandango. Bailar toda la noche era el objetivo. Siempre había muchachas que quisieran huirse con el novio; por el número de madres llorando sabías quién se había fugado...

Los huapangueros estaban trepados en su *kuatlapechtli*, alto, para no ser molestados por los borrachos cantadores. Amanecíamos aquí, sin importarnos que el *llorar* o también llamado *la madrugada* ya se hubieran tocado como tres veces seguidas indicando que ya debería finalizar el fandango, la alegría...

Este ambiente respiré por lapso de 15 años y me hice hombre duro, de bien, soñador, rastreador, indagador... Abandoné Tecuana a los 15 años, casi a los 15 años ¿o Tecuana me abandonó a mí? El caso es que salí a buscar la vida por otros rumbos. Llevaba conmigo, muy adentro de mí, a los *Cuitolitos*, a los *maseualmej*, a Juan Chiua, a Pedro Lucas, a Tino, a Cliserio, a la hilandera, al río Xalaimaixpa y el recuerdo enorme de tanta pechuga ceremonial...

Ya lejos de aquí, ya en otros paisajes ¿Cómo cambiar la manera de soñar? ¿Cómo mezclar los ambientes?, había que ser fiel con el origen... Así me inicié, a veces a repetir sueño tras sueño hasta poder lograr escribir algo que valiera la pena. Mis primeros escritos fueron poemas cortos y cursis; después, a consecuencia de ir ahondando en el asunto, empecé a ensayar el cuento y me gustó; el cuento es lo que más me apasiona y a eso me dedico hoy, a buscar y seguir buscando los elementos que me permitan delinear un estilo, una forma narrativa que exprese todos los sueños y las esperanzas e identificarlas con el mundo. Me ha costado trabajo; pero no me quejo, no podría...

Un día, recordando a un Tecuanero, al que apodaban *alaueno*, dije y escribí:

*oh, ne uala alaueno*

oh, ahí viene "El hierbabuena"

Leí varias veces y pude apreciar mi primer palíndromo en náhuatl. Me emocioné y corrí a llevárselo a una amistad. Le gustó. Seguí buscando nuevas posibilidades.

*ikola nama kitilana, anali tikamanaloki*

"Su curva de agua lo jala, del otro lado del agua viene a platicar"

Cualquier persona que esté ligada de alguna manera con las letras, refiere su obra a determinadas etapas importantes de su vida. La imaginación a veces es mayor de edad que nosotros y nos engaña, tiene una gran hermandad con el pasado, con los sueños y el recuerdo. Cualquier persona modela su vida a partir de viejos encantos o desencantos arrastrados desde los ayeres o los antierres y, en ese proceso de retroalimentación con el pasado, va haciendo suyas formas narrativas y conocimientos de la colectividad. No son pocos los autores que han sido acusados de plagio... a veces entre nosotros hacemos labores de raterillos... Entre más firme sea el conocimiento de su medio, cuanto más sólidas serán sus propuestas e imágenes. La imaginación necesita de los grandes remos

del medio social y natural para navegar por el caudaloso río de las letras.

Siempre se van recabando y recuperando formas narrativas colectivas, uno escucha la radio, los chismes, los rumores, lee el periódico, platica con un vecino, escucha un mensaje y oye al pueblo. Sólo con el conocimiento profundo de la conducta y la vida de un personaje real se puede elaborar uno ficticio... Las palabras cotidianas en múltiples ocasiones se han elevado a rango de verdaderas imágenes literarias; así nos vamos apropiando de frases felices de la colectividad. Estar cerca de un hecho, vivirlo, ver a sus protagonistas, todo esto va a influir, de alguna manera, en nuestra producción... Así nacen las crónicas, los cuentos, la novela y, ya no se diga, la poesía.

La creación colectiva, el patrimonio cultural colectivo, todo lo que el pueblo produce, son la base de nuestro quehacer...

Ahora me despierto sobresaltado, veo la imagen del viejo Chiuva cosechando su miel y metiendo mis manos en el enjambre para que yo perdiera el miedo; la hilandera me ve mientras afana su urdimbre, oigo el son y el huapango, observo la dinámica del *xantolo*... Abro las puertas de mi corazón y un triste suspiro trata de elevarme al cielo empujándome la barbilla o mentón; entonces, me desensarto la aguja del recuerdo, tomo mi pañuelo bordado, abro la ventaba porque exijo ver el río *Xalamaixpa*... Al fondo hay unas montañas que no me pertenecen... Entonces, otra vez entonces, veo que soy un convencido, me

hablo entre estertores pero logro entenderme... Mi mujer me dice: anoche hablaste dormido.

– Dime que dije, ándale, no seas mala...

– Dijiste: un buen gallo, de mil colores debe ser...

Muy de temprano, diariamente, escribo en mi libreta, ejercito mis letras y realizo algunas graves aventuras del pensamiento... Todo esto me sirve. Veo que Chiuva logró que mis manos no tuvieran miedo, aunque yo no soy nada valiente... Si hoy me viera...

¿Que cómo me llamo? ¿Tú quieres saber mi nombre, verdad?

Lámame: Roberto Tetlili. También recuerda que fui bautizado a los siete años; que me dieron a masticar sal en greña como a una vaca y que aprendí a rezar, primero con mi madre; después con el alabancero llamado Cilserio... Me ha servido, hasta la fecha, antes de dormirme digo:

"Yo, Koyotl, me confieso a Dios..."

Así puedo acordarme de Pedro Lucas, de Tino, del alabancero, del dueño del alambique, de todo Tecuana y, así, puedo dormir tranquilo, en tanto despierto, de trecho en trecho, a mi mujer, sin temor alguno..."

Dejé al Koyotl en su casa, estaba viendo sobre la ventana, tenía un viejo pañuelo en sus manos. Me despedí de él porque ya su esposa lo estaba llamando para que dizque se integrara de nueva cuenta a su persona... ¿Qué les parece?

